

Meditación evangélica

-Vencer el mal a fuerza de bien-

* Piensa que *de lo que se trata* no es de ser mejores que los demás, sino de dejarse envolver por la forma de ser de Dios (imitarle a el que sostiene el mundo para buenos y malos) para crear un mundo habitable para todos, como él lo quiso. La razón de Dios para actuar así es vencer al mal a fuerza de bien (puedes leer Rom 12, 9-21). Pide que te dé su mismo Espíritu de amor amable, fuerte, valiente, sufriente para trabajar con él en su misma obra de amor por todos.

* *Ahora, piensa en las veces que tú provocas el mal*: ¿no necesitarías que te convirtieran a fuerza de bien aquellos que reciben tu violencia, sea del tipo que sea? Pide perdón a Dios y pide por ellos.

Para terminar la oración

Señor, hazme un instrumento de tu paz:
donde haya odio, ponga yo amor,
donde haya ofensa, ponga yo perdón,
donde haya discordia, ponga yo armonía,
donde hay error, ponga yo verdad,
donde haya duda, ponga yo la fe,
donde haya desesperación, ponga yo esperanza,
donde haya tinieblas, ponga yo la luz,
donde haya tristeza, ponga yo alegría.

Oh, Señor, que no me empeñe tanto
en ser consolado como en consolar,
en ser comprendido, como en comprender,
en ser amado, como en amar;
porque dando se recibe, olvidando se encuentra,
perdonando se es perdonado
y muriendo se resucita a la vida. Amén.



Existen partes del evangelio que son increíbles o que las tratamos como tal. Partes del evangelio que las damos por perdidas antes de pensar su significado y de ponernos manos a la obra para acogerlas en nuestra vida.

Sin embargo esto refleja que son lo distintivo del evangelio. Lo que no nace de este mundo que vivimos y que estructura nuestra lógica, nuestros sentimientos y nuestra voluntad. El Evangelio se ofrece entonces a nuestra imaginación, a nuestra valentía para arriesgarnos siguiendo a Cristo y entrando de lleno en *su* mundo vivido en este nuestro.

Si no nos abrimos a su palabra cuando parece insensata solo oiremos el eco de nosotros mismos que pondremos en su boca. Pero ya decía Pablo: Nosotros predicamos a un Cristo crucificado por la lógica de este mundo, a un Cristo que es locura para los sabios de este mundo. Nosotros predicamos el evangelio de la Cruz, fuerza y sabiduría con la que Dios nos bendijo en Cristo.

Para entrar en oración

- Recógete en un sitio tranquilo y siéntate cómodamente. Respira hondo y despacio tres o cuatro veces.
- Entra en tu interior y deja a un lado las situaciones que te envuelven, que te preocupan o entretienen (Dios ya las conoce y las tiene en cuenta).
- Pide a Dios que envíe te abra e ilumine el corazón para acoger su presencia y comprender su palabra. Repite: *Llévame a ti, Señor.*

Antes de leer el evangelio



→ Fijándote en el dibujo *trae a tu interior* las situaciones de dolor causadas por la violencia, por la venganza, por el rencor... Situaciones individuales o sociales, situaciones del mundo cercano que te rodea...

Hazte sensible al dolor que generan las humillaciones infringidas por la violencia física o psíquica. También fíjate como en muchos casos la violencia apresa a la víctima haciéndola a su vez fuente de violencia sobre los que están a merced suya.

→ Ahora recuerda Jn 18, 19-24 (puedes leer el fragmento entero):

Al oír la respuesta de Jesús, uno de los guardias, que estaba junto a él, le dio una bofetada, diciéndole: ¿cómo te atreves a contestar así al sumo sacerdote? Jesús le replicó: Si he hablado mal, demuéstreme en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?

Es este Jesús que habla con verdad y justicia, y a la vez sabe soportar con mansedumbre la mentira y la violencia, el que ahora se dirige a ti.

Ahora lee Mt 5, 38-48

Habéis oído que se dijo: *Ojo por ojo, diente por diente.*

Pero yo os digo: No hagáis frente al que os hace mal; al contrario, a quien te abofetea en la mejilla derecha, preséntale también la otra [...] Habéis oído que se dijo: *Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo.* Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen. De este modo seréis dignos de vuestro Padre celestial que hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos.

Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa merecéis? ¿no hacen también eso los publicanos? Y si saludáis solo a vuestros hermanos ¿qué hacéis de más? ¿no hacen lo mismo los paganos? Vosotros sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.

→ Para la meditación:

A. ¿Qué es lo primero que sientes al oír estas palabras? Compártelo abiertamente por un momento con Jesús. Deja que fluyan ante él todos los sentimientos que nacen en tu corazón.

B. Ahora piensa en las situaciones que vives cotidianamente (No vayas a las de violencia terrible del mundo porque puede hacer que desactives el texto antes de tiempo). Piensa en situaciones vividas en las que los otros te hacen daño, te humillan... y que provocan en ti sentimientos internos de desprecio o de rencor, de falta de valor o de inquina. Dialoga desde ellas con el Señor y pide que te haga sentir el amor que te tiene en el que puedes transformar tu humillación en aprecio por ti mismo y tu desprecio, tu rencor, tu ira en perdón.

* Lo *primero* es que descubras que la violencia de los otros no puede quitarte el amor que Dios te tiene, el valor que Dios te da, el puesto en el mundo que Dios te ha destinado y con el que quiere ir transformando este mundo suyo (Jesús soportó la cruz porque vivía de este amor de Dios que le habitaba y que definía su puesto en el mundo).

* *Ahora*, pide fuerzas para vivir de este amor, para perdonar, para no dejarte llevar por la ira, para resistir ante el desprecio y el dejarte a un lado de los otros. A la vez pide fuerzas para saber vivir de la verdad y de la justicia sin callarte, pero sin intentar ofender. Puedes pensar en situaciones concretas y proponerte hacer de esta petición durante un tiempo uno de los elementos de tu oración personal.